

PREMIO **COSTA** 2015 AL MEJOR LIBRO DEL AÑO

bam  
bú

# El ÁRBOL de las MENTIRAS



FRANCES HARDINGE

Ilustraciones de

CHRIS RIDDELL

Traducción de **Roser Vilagrassa**

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *The Lie Tree*

Publicado por acuerdo con Macmillan Children's Books.

© 2015, Frances Hardinge, por el texto  
© 2017, Roser Vilagrassa, por la traducción  
© 2016, Chris Riddell, por las ilustraciones  
© 2017, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2017  
ISBN: 978-84-8343-514-4  
Depósito legal: B-3237-2017  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



# I EXILIOS

**E**l barco se movía con un vaivén continuo, mareante, como quien se muerde una y otra vez un diente podrido. Las islas que se dibujaban a través de la bruma también parecían dientes, pensó Faith. Pero no dientes finos y limpios como los acantilados de Dover, sino dientes descoloridos, rotos, torcidos, que sobresalían entre el oleaje de un mar gris y agitado. El paquebote se abría paso entre las olas con tenacidad, tiznando el cielo con humo a cada bufido.

–Un águila pescadora –dijo Faith, señalando con el dedo. Los dientes le castañeaban.

Howard, su hermano de seis años, se dio la vuelta, pero no lo bastante deprisa para avistar la gran ave. El cuerpo pálido, de alas flanqueadas con plumas negras, se desvaneció en la bruma. Faith hizo una mueca de dolor al cambiar Howard de posición sobre su regazo. Al menos, el niño ya no reclamaba a su niñera.



—¿Ahí es adonde vamos? —preguntó a su hermana, entrecerrando los ojos para distinguir mejor las islas fantasmagóricas hacia las que el barco navegaba.

—Sí, How.

La lluvia golpeteaba el delgado techo de madera sobre sus cabezas. Por la cubierta del barco entraba un viento tan helado que a Faith incluso le dolía el rostro.

Pese al vocerío del barco, estaba segura de que oía ruidos procedentes del arcón sobre el que estaban sentados. Eran sonidos rasposos, el roce de escamas al deslizarse. Faith sufría al pensar en la serpiente china de su padre que había dentro, pues el frío la debilitaba; la imaginaba enroscándose y desenroscándose, aterrada con cada oscilación de la embarcación.

Detrás, unas voces exaltadas competían con los graznidos quejicosos de las gaviotas y el *fit-fit-fit* de las grandes palas del barco. La lluvia empezaba a arreciar, y todos se peleaban por ocupar un hueco en el pequeño espacio a cubierto de popa. Había sitio suficiente para todos los pasajeros, no para todos los baúles. Myrtle, la madre de Faith, se las estaba apañando bastante bien para hacerse con un rincón amplio donde colocar el equipaje de la familia.

Faith vio de reojo cómo su madre agitaba las manos como un director de orquesta mientras dos marineros de cubierta desplazaban los baúles y arcones de la familia Sunderly al lugar que ella les indicaba. Ese día, Myrtle estaba pálida por el cansancio, e iba tapada hasta la barbilla con mantones, pero, como de costumbre, se hacía escuchar sobre todos los demás explicándose con amabilidad y simpatía, ganándose la inevitable caballerosidad de los hombres con la ayuda de su belleza.

–Gracias, ahí, justo ahí... Vaya, lo lamento de verdad, pero no tenemos más remedio... Póngalo sobre un lado, si no le importa... Su arcón parece muy rígido, la verdad. En cambio, los papeles y proyectos de mi esposo no resistirán la lluvia... Sí, el reverendo Erasmus Sunderly, el célebre naturalista... Pero ¡qué amabilidad la suya! Me alegro mucho de que no le importe...

Algo más allá, el tío Miles se estaba echando una cabezada en su asiento, despreocupada y plácidamente, como un perrito que está a gusto en su alfombra. Detrás de él, Faith vio la figura alta y silente de su padre, ataviado con un abrigo clerical de color negro y un sombrero de ala ancha que proyectaba una sombra sobre la pronunciada frente y la nariz aguileña.

Su padre la fascinaba. Incluso en ese momento, en que el reverendo contemplaba el horizonte plomizo con mirada firme de basilisco, ajeno al frío aguacero, al hedor de sentina y al humo del carbón, así como a las ignominiosas discusiones y los empujones. En general, lo veía más sobre el púlpito que en casa, de modo que resultaba extraño levantar la vista y verlo sentado allí. Faith sintió una incómoda punzada de pena. Su padre no estaba precisamente en su elemento: era como un león en una barraca de feria azotada por la lluvia.

Siguiendo órdenes de su madre, Faith se había sentado sobre el arcón más grande de la familia para evitar, así, que nadie volviera a moverlo. Faith solía pasar desapercibida casi siempre, ya que a nadie le interesaba una niña de catorce años, rasgos duros y pelo castaño oscuro recogido en una trenza. Pero en ese momento era el centro de todas las

miradas resentidas, y tenía el gesto crispado en una mueca de vergüenza, abochornada, algo que Myrtle, su madre, nunca había experimentado en su vida.

Myrtle, de talle menudo, se había instalado en una posición calculada, de forma que nadie más pudiera poner a cubierto su equipaje. En ese momento, un hombre alto y robusto de nariz grande y torcida hizo amago de empujarla para meter su baúl, pero ella se lo impidió volviéndose con una sonrisa.

Myrtle pestañeó dos veces y mostró todo el encanto de sus grandes ojos azules, lo cual le confería un gesto de embeleso genuino, como si acabara de reparar en la presencia del hombre en ese instante. Pese a tener la punta de la nariz roja de frío y el rostro pálido de agotamiento, su sonrisa seguía siendo adorable e inspiraba confianza.

–Gracias por ser tan comprensivo –dijo, revelando un leve tono cansado en su voz.

Era una de las artes de su madre para obtener algo de un hombre, un gesto de coquetería al que recurría con la misma facilidad e intencionalidad con que desplegab su abanico. Cada vez que funcionaba, a Faith se le encogía el estómago. Y en esta ocasión había funcionado. El caballero se ruborizó, hizo una brusca reverencia y se retiró, pero Faith reparó en que el resentimiento no lo abandonó. De hecho, Faith tenía la sensación de que su familia se había enemistado con buena parte de los pasajeros.

10 Howard sentía una tímida devoción por su madre. La veía bajo la misma luz meliflua con que Faith solía verla a los ocho años. Las raras visitas de Myrtle a su habitación de juegos solían despertar en la niña una emoción casi

incontenible, e incluso disfrutaba del ritual de arreglarse, vestirse y preocuparse para estar presentable en cada encuentro. A aquella edad, Faith veía a su madre como una criatura de otro mundo, cariñosa, alegre, hermosa e intocable, una ninfa del sol con un agudo sentido de la moda.



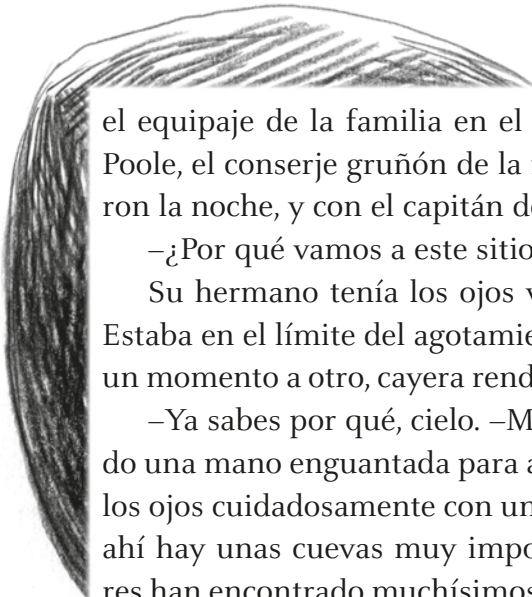
Sin embargo, aquel último año Myrtle había decidido empezar a «hacerse cargo de Faith», lo que, al parecer, significaba interrumpir las lecciones de Faith sin avisar para llevársela a hacer visitas espontáneas o salidas a la ciudad, para luego volver a dejarla en el cuarto de los niños o en el aula de estudio. A lo largo de aquel año, la fuerza de la confianza había hecho mella, como de costumbre, hasta arrancar la pátina dorada poco a poco. Faith había empezado a sentirse como una muñeca de trapo a la que alguien se lleva o suelta en cualquier lado, al antojo de una niña impaciente de humor cambiante.

La multitud empezaba a apartarse. Myrtle se acomodó sobre una pila de tres baúles, junto al arcón de Faith, con un profundo gesto de satisfacción por su logro.

–Espero que la casa que nos ha encontrado el señor Lambent tenga un salón decente –comentó– y que los sirvientes estén a la altura. La cocinera no puede ser francesa, de ningún modo. ¿Cómo voy a llevar una casa cuando la cocinera tiene el pretexto idóneo para malinterpretarme cuando le convenga?

Myrtle no tenía un tono de voz desagradable, pero era un sonsonete ininterrumpido. A lo largo del día anterior, su locuacidad los acompañó en todo momento, ya que entabló conversación con el cochero del carruaje que los condujo a la estación, con los guardias ocupados de cargar





el equipaje de la familia en el tren a Londres; luego con Poole, el conserje gruñón de la fría posada en la que pasaron la noche, y con el capitán del paquebote de vapor.

—¿Por qué vamos a este sitio?—interrumpió Howard.

Su hermano tenía los ojos vidriosos por el cansancio. Estaba en el límite del agotamiento. Era inevitable que, de un momento a otro, cayera rendido o tuviera un berrinche.

—Ya sabes por qué, cielo.—Myrtle se inclinó, extendiendo una mano enguantada para apartarle el pelo mojado de los ojos cuidadosamente con un dedo—. En esa isla que ves ahí hay unas cuevas muy importantes, donde unos señores han encontrado muchísimos fósiles. Nadie sabe más de fósiles que tu padre, de modo que le han pedido que vaya para examinarlos.

—Pero ¿por qué tenemos que ir *todos*?—insistió Howard—. No nos llevó con él a China. Ni a India. Ni a África. Ni a *Mongulla*.



Howard trataba de decir «Mongolia».

Era una buena pregunta, la misma que seguramente muchos otros también se hacían. Ya el día anterior debía de haber llegado el aluvión de tarjetas con excusas y cancelaciones de última hora a todas las casas de la feligresía de su padre, cual torbellino de copos de nieve rectangulares, repartiendo disculpas. De modo que, ese día, el rumor de la inesperada partida de la familia Sunderly ya debía de haberse extendido como la pólvora.

Y la verdad es que a Faith le habría gustado oír la respuesta a la pregunta de Howard.

—¡Nunca habríamos podido acompañarle a esos lugares remotos!—explicó vagamente Myrtle—. Hay serpientes, y

fiebres, y gente que come perros. Esto es distinto. Será como unas pequeñas vacaciones.

–¿Nos hemos ido por culpa del hombre de los escarabajos? –preguntó Howard, arrugando el rostro en un gesto de concentración.

De pronto, el reverendo, que hasta entonces no parecía haber estado atento a la conversación, cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca con un siseo de desaprobación. Acto seguido, se levantó.

–La lluvia empieza a amainar, y este sitio está abarrotado –anunció, y salió a la cubierta a grandes zancadas.

Myrtle crispó el gesto y miró al tío Miles, que en ese momento se restregaba los ojos de sueño.

–Quizá a mí también me iría bien, ah... dar un paseo –sugirió el tío Miles, lanzando a su hermana una mirada con un leve pero irónico movimiento de cejas.

Se atusó el bigote a los dos lados de su sonrisa y, acto seguido, salió a cubierta, a la zaga de su cuñado.

–¿Adónde ha ido padre? –preguntó Howard con una voz aguda, estirando el cuello para ver mejor la cubierta–. ¿Puedo ir con él? ¿Puedes darme la pistola de juguete?

Myrtle cerró los ojos un instante y movió los labios como si rezara una exasperada oración que le infundiera paciencia. Luego miró a su hija y, con la misma sonrisa de siempre, orgullosa de su hija, aunque resignada, dijo:

–Oh, Faith, suerte que tú nunca das problemas. No eres precisamente un cascabel... pero al menos nunca haces preguntas.

Faith esbozó una sonrisa fría y sosa. Sabía a quién se refería Howard con «el hombre de los escarabajos», y algo

le decía que su hermano había dado en el clavo con su pregunta.

Aquel último mes la familia había vivido envuelta en una bruma de confusión por culpa de algo de lo que nadie hablaba. Todo eran miradas, susurros, sutiles cambios de actitud y una falta de comunicación cada vez mayor. Faith había notado el cambio, pero no había sabido detectar la causa de este.

Luego, un domingo que la familia volvía de la iglesia, un hombre con un sombrero de fieltro marrón se les acercó. Se presentó deshaciéndose en reverencias, con una sonrisa que no se reflejaba en la mirada. Les contó que había escrito un artículo sobre escarabajos y preguntó si el respetado reverendo Erasmus Sunderly tendría la amabilidad de prologarlo. El respetado reverendo respondió que no lo escribiría. Ante la molesta insistencia del desconocido, adoptó una actitud más distante. El exceso de familiaridad de este faltó a las normas de la buena educación, lo cual obligó al reverendo a ser tajante.

La sonrisa entusiasta del experto en escarabajos decayó en una mueca menos amable. Faith aún recordaba la malicia latente en su respuesta.

—Discúlpeme por creer que su cortesía sería equiparable a su intelecto, reverendo. Teniendo en cuenta los rumores que corren sobre usted, pensaba que, de hecho, *se alegraría* de que aún queden hombres de ciencia como usted dispuestos a darle la mano.

14 Al recordar aquellas palabras, se le volvió a helar la sangre. Faith jamás pensó que alguien podía insultar a su padre a la cara. Lo peor de todo era que el reverendo se alejó del

desconocido en silencio, pero furioso, sin exigirle ninguna explicación. Y la fría nebulosa de una sospecha empezó a cristalizar en la mente de Faith. Corrían rumores por todas partes, y aunque ella no supiera en qué consistían, estaba segura de que su padre estaba más que al corriente.

Y Myrtle se equivocaba. Faith tenía muchas preguntas, que se enroscaban y retorcían en su cabeza, como la serpiente dentro de la caja.

«Oh, es que no puedo. No debo consentir nada de eso».

En la mente de Faith siempre era *eso*. Nunca lo había llamado de otra manera por miedo a concederle más poder sobre ella. Solo sabía que *eso* era una adicción, lo único que sabía. *Eso* era algo a lo que debía renunciar, pero nunca lo hacía. *Eso* era justo la idea contraria que los demás tenían de Faith. Faith era la niña que siempre obedecía, que nunca daba problemas. Faith, la responsable, la aburrida, la niña en quien podías confiar.

Lo más difícil era resistirse a los momentos que surgían de manera imprevista. Un sobre desatendido, del que asomaba una carta tentadora e inmaculada. Una puerta sin cerrar. Una conversación descuidada, ajena a oídos curiosos...

Sentía una avidez en su interior. Y las niñas no debían sentir avidez. Debían comer a mordisquitos y con moderación en la mesa, y su mente debía quedar satisfecha con una dieta igual de escasa: lecciones manidas de la institutriz, paseos aburridos, pasatiempos que no exigieran pensar demasiado... Pero aquello *no* era suficiente. Faith sentía atracción por cualquier clase de conocimiento, por

cualquier conocimiento en sí mismo. Y obtenerlo sin que los demás se percataran era un placer excitante y venenoso.

Sin embargo, en ese momento su curiosidad se centraba en algo muy concreto, y con una agudeza acuciante. En ese preciso momento, su padre y el tío Miles podían estar hablando del experto en escarabajos y la causa de la repentina partida de su familia.

—Madre..., ¿puedo pasear un rato por la cubierta? Me noto el estómago...

Faith casi se creyó sus propias palabras. Era cierto que tenía el estómago revuelto, pero de emoción, y no por los bandazos que sacudían el barco.

—De acuerdo, pero no hables con nadie aunque te dirijan la palabra. Llévate el paraguas, ten cuidado de no caerte por la borda y vuelve antes de que cojas frío.

Mientras paseaba junto a la baranda, bajo el repiqueteo de la débil llovizna contra el paraguas, reconoció que volvía a sucumbir a eso. La emoción bombeaba vino tinto en sus venas, y le agudizaba tanto los sentidos que dolía. Se fue alejando con disimulo, hasta quedar fuera de la vista de Myrtle y Howard. Siguió paseando como si nada, atenta a las miradas que los pasajeros le dirigían al cruzarse con ella. Todos y cada uno acababan perdiendo el interés en ella, hasta apartar la vista.

Y entonces se presentó la ocasión. Nadie miraba. Sin perder un instante, cruzó furtivamente la cubierta del barco y se metió entre las cajas y baúles amontonados en la base de la chimenea del paquebote, agitada y descolorida. El aire sabía a sal y a culpa, y Faith se sentía viva.

Se escurría de un escondrijo a otro, sujetándose bien las faldas para que el viento no las levantara y acabara delatándola. Sus pies anchos y cuadrados, torpes a más no poder cuando intentaban ponerle calzado a la moda, se detuvieron con sigilo y experta habilidad sobre los tablones.

Entre dos arcones encontró un escondite desde donde veía a su padre y a su tío, a poco menos de tres metros de ella. El hecho de ver a su padre sin que él la viera le daba la sensación de estar cometiendo una suerte de sacrilegio.

–¡Que haya tenido que abandonar mi hogar! –exclamó el reverendo–. Parecerá un acto de cobardía, Miles. No debería haber permitido que me convencieras de irme de Kent. Porque no servirá de nada marcharnos. Los rumores son como los perros: huye y te perseguirán. Y al desaparecer al amparo de la noche, Miles, he *alimentado* a esos perros. Lo usarán en mi contra.

–Puede ser, Erasmus –respondió el tío Miles con una seriedad inusual–, pero ¿prefieres que te juzguen aquí, en una isla remota, un par de pastores de ovejas o que lo haga gente de peso en Inglaterra? La excavación de la isla de Vane es la mejor excusa que se me ocurrió para sacarte de allí, y me complace que al final accedieras con mis argumentos. Ayer por la mañana, ese artículo publicado en el *Intelligencer* se leyó en todas las mesas de desayuno del país. Si te hubieras quedado, habrías obligado a cuantos te rodean a tener que decidir si apoyarte o darte la espalda. Tal como se está extendiendo el rumor, no creo que te guste la posición que vaya a tomar según quién.

»Erasmus, uno de los periódicos más leídos y respetados del país te ha acusado de farsante y embustero. A



menos que quieras exponer a Myrtle y los niños a las duras críticas y juicios de un escándalo, no puedes volver a Kent. Hasta que no se restituya tu buen nombre, allí no os aguarda nada bueno.



## II VANE

«**F**arsante y embustero».

Las palabras resonaban como un zumbido en la cabeza de Faith al regresar bajo la lluvia. Avanzaba con la mirada fija, distraída, sobre las islas que el barco iba dejando atrás. ¿Cómo podía nadie sospechar siquiera que *su padre* pudiera ser un impostor? Si la honestidad del reverendo, cruda y aterradora, era tanto el incordio como el orgullo de la familia. Cada uno de ellos sabía sin asomo de duda qué posición le correspondía ocupar, aun cuando se hallara ante un violento arrebato de desaprobación. Fuera como fuera, ¿a qué se refería el tío Miles con «farsante»?

Cuando hubo regresado al abrigo del salón de los pasajeros, el tío Miles y su padre volvían a estar en sus respectivos asientos. Faith volvió a sentarse sobre la caja de la serpiente, incapaz de mirar a nadie a los ojos.

El tío Miles consultaba, con los ojos entrecerrados, ajustándose los quevedos, un almanaque manchado con

gotas de agua, como si la familia estuviera en realidad de vacaciones. En ese momento, alzó la vista hacia el paisaje marino.

–¡Ahí la tenéis! –exclamó señalando con el dedo–. Esa de ahí es la isla de Vane.

A primera vista, la isla a la que se aproximaban no parecía demasiado grande, pero Faith vio enseguida que se aproximaba a ellos de frente, cual barco de proa estrecha. Hasta que el navío no hubo rodeado la isla para costear su lado más largo, Faith no se percató de que era bastante más grande que las demás. Grandes olas negras rompían contra unos acantilados de color marrón oscuro, elevando feroces arcos de espuma.

Lo primero que Faith pensó fue: «Aquí no vive nadie. Es imposible que alguien viva aquí por gusto. Debe de ser el lugar donde acaban los marginados. O los delincuentes, como esos convictos que envían a Australia. Y la gente que huye, como nosotros. Somos exiliados. Quizá tengamos que vivir en este lugar remoto para el resto de nuestras vidas».

Pasaron por delante de cabos de tierra picada, de paredes llenas de oquedades y calas profundas donde edificios solitarios acechaban a lo largo de la costa. El barco redujo la marcha, agitando el agua al virar laboriosamente para entrar en una bahía más profunda, con un puerto coronado por un elevado muro tras el cual se alzaban hileras de casas con las ventanas cerradas y tejados de pizarra mojados. En medio de la neblina, diversos barquitos de pesca cabeceaban y ladeaban en el agua, amarrados a una maraña fantasmagórica de cabos. El graznido de las gaviotas se

había vuelto ensordecedor, todas renegando con la misma nota discordante. En medio de la actividad general del barco se percibía una suerte de alivio colectivo mientras los pasajeros preparaban el equipaje.

La lluvia volvió a arreciar justo cuando el barco se arrió al muelle. Entre la confusión de gritos, cabos lanzados y maniobras para desplegar las rampas de desembarque, el tío Miles aprovechó para soltar unas monedas sobre un par de manos abiertas y, así, bajaron a tierra el equipaje de los Sunderly.

—¿El reverendo Erasmus Sunderly y familia?

En el muelle les esperaba un hombre flaco con un abrigo negro empapado y un sombrero de ala ancha del que chorreaba el agua acumulada. Iba bien afeitado y tenía un gesto agradable, aunque preocupado, y algo lívido por el frío.

—El señor Anthony Lambent les saluda —añadió haciendo una reverencia formal, y les entregó una carta bastante mojada.

Faith se fijó en la tira blanca que le ceñía el cuello y se dio cuenta de que era sacerdote, como su padre.

El padre de Faith leyó la carta, asintió con un gesto de aprobación y le ofreció la mano.

—¿Es usted el señor... Tiberius Clay?

—Así es, caballero. —Clay le dio la mano con sumo respeto—. Soy el coadjutor de Vane.

Faith sabía que un coadjutor era una especie de cura que ayudaba a un pastor o a un rector con demasiadas parroquias a su cargo o con exceso de trabajo.

—El señor Lambent me ha pedido que lo disculpen. Le habría gustado recibirles en persona, pero esta lluvia re-

entina... –explicó Clay, mirando con una mueca las nubes plomizas—. Las zanjas más recientes de la excavación corren el riesgo de llenarse de agua, y ha tenido que ocuparse de que todo quede bien cubierto. ¿Me permitirá que los mozos le ayuden con el equipaje? El señor Lambent ha enviado su carruaje para llevarlos a usted y a su familia, así como para trasladar sus pertenencias a Bull Cove, la casa donde vivirán.

Sin sonreír, el reverendo accedió musitando algo cordial. La formalidad de trato del coadjutor le valió su aprobación.

Faith estaba convencida de que la familia atraía miradas. ¿Habría llegado ya a Vane el misterioso escándalo? No, seguramente los miraban solo por ser forasteros y por ir cargados con una cantidad exagerada de bultos. Faith oía el leve murmullo de la gente a su alrededor, sin llegar a percibir qué decían. Era una mezcla de sonidos sin consonantes.

Con no poca dificultad, los mozos amontonaron el equipaje de los Sunderly formando una precaria y desmañada torre sobre la baca de un carruaje grande, aunque deteriorado, para luego atarlo bien con las correas. En el interior del vehículo quedaba el espacio justo para que el coadjutor cupiera, muy apretado, con la familia Sunderly. El carruaje arrancó, moviéndose sobre los adoquines con un traqueteo que hacía castañear los dientes de Faith.

–¿Es usted naturalista, señor Clay? –preguntó Myrtle, obviando alegremente el agudo chirrido de las ruedas.

–Actualmente solo puedo decir que soy un aficionado –respondió Clay con una inclinación breve y contenida, mirando al reverendo—. Con todo, mis maestros de Cam-

bridge consiguieron inculcar algo de geología e historia natural en esta cabeza dura.

La respuesta no sorprendió a Faith, pues muchos amigos de su padre, pastores como él, habían descubierto las ciencias naturales de manera similar. Hombres distinguidos que enviaban a sus hijos, llamados a ser clérigos, a estudiar a una buena universidad, donde recibían una educación respetable, propia de un caballero, que les proporcionaba conocimientos de griego, latín y los clásicos, y nociones de ciencias. En ocasiones, esas nociones bastaban para despertar un mayor interés.

–Mi aportación principal a la excavación es la fotografía... Pero lo hago por interés personal. –El tono de voz del coadjutor se animó al mencionar su afición–. Por desgracia, el dibujante del señor Lambent se rompió la muñeca el primer día, de modo que mi hijo y yo estamos documentando con la cámara los hallazgos.

El carruaje salió de la pequeña *ciudad* –más bien un pueblo a los ojos de Faith– ascendiendo por una carretera abrupta y angosta. Cada vez que el carruaje daba una sacudida, Myrtle se agarraba al marco de la ventana, sobresaltada, lo cual ponía en tensión a los demás.

–El edificio que ven en aquel cabo es la torre del telégrafo –comentó Clay.

Faith distinguió un simple cilindro achaparrado de color marrón deslucido. Poco después, a su izquierda, vieron una pequeña iglesia con un pináculo.

–La casa parroquial queda justo detrás de la iglesia –añadió Clay–. Me honraría que algún día aceptaran mi invitación a tomar el té durante su estancia en Vane.



El carruaje ascendía la colina con tal dificultad, chiriando y traqueteando, que Faith pensó que, de un momento a otro, se rompería una rueda. Al fin, se detuvo de una sacudida, y sonaron dos golpes secos en el techo.

–Si me permiten... –Clay abrió la puerta y se apeó.

En la parte de arriba se inició una conversación en una mezcla de inglés y francés que Faith fue incapaz de discernir.

Clay volvió a asomarse a la puerta, si bien con un gesto consternado.

–Mis más sinceras disculpas. Al parecer, tenemos un dilema. La casa que han alquilado está en Bull Cove, y solo se puede llegar por la carretera de abajo, a lo largo de la costa, o por otra que sube a la cresta del cerro y desciende luego por la otra ladera. Acaban de decirme que la carretera de la costa está anegada. Hay un espigón, pero cuando la marea está alta y el oleaje es fuerte... –Arrugó la frente y miró al cielo encapotado con un gesto afligido.

–Me figuro que el recorrido por la carretera del cerro es más largo y pesado... –aventuró enseguida Myrtle, mirando de reojo a su hijo malhumorado.

Clay hizo una mueca de dolor.

–Es... una carretera muy escarpada –explicó–. El cochero me ha comunicado que el caballo no será capaz de subirla con, eh... todo el peso.

–¿Está insinuando que vamos a tener que bajar y *andar*? –preguntó Myrtle, enderezándose a la vez que alzaba el mentón, pequeño y gracioso.

–Madre –susurró Faith, percibiendo el punto muerto de la situación–, yo tengo paraguas y no me importa andar un poco...

–¡No! –exclamó Myrtle tan fuerte que Faith se sonrojó–. Voy a ser la señora de una nueva casa, y no pienso presentarme hecha una sopa. ¡Y vosotros tampoco!

Faith sintió que en su interior crecía un torbellino de rabia y frustración, y quería gritar: «Pero ¡¿qué más da?! En este momento, los periódicos nos están poniendo verdes. ¿De verdad crees que la gente puede despreciarnos más por vernos mojados?».

El coadjutor parecía atosigado.

–En tal caso, me temo que habrá que hacer dos viajes. Cerca de aquí hay una vieja cabaña... Es un puesto de observación para divisar bancos de sardinas. Quizá podemos dejar allí su equipaje y luego regresar y recogerlo con el carruaje. Yo mismo puedo quedarme a vigilarlo.

El rostro de Myrtle se iluminó de gratitud, pero cuando se dispuso a contestar, su esposo la interrumpió.

–Es inaceptable –zanjó el padre de Faith–. Discúlpeme, pero estas cajas contienen muestras de flora y fauna que *debo* sacar lo antes posible o morirán.

–Bueno, a mí no me importa esperar en la cabaña para aligerar la carga al caballo –se ofreció el tío Miles.

Clay y el tío Miles se bajaron y descargaron los baúles y arcones de la familia, dejando sobre el techo las cajas y arcones con especímenes. Pero el cochero hizo una mueca al ver que el carruaje aún estaba a una altura demasiado baja.

El padre de Faith no hizo amago de bajar para unirse a los dos hombres.

–Erasmus... –pidió el tío Miles.

–Yo debo ir con los especímenes –lo interrumpió bruscamente el reverendo.

–¿Cree que podríamos dejar aquí alguno de los baúles? –preguntó Clay–. Hay una caja con la etiqueta «esquejes varios», que pesa mucho más que las demás...

–No, señor Clay. –La respuesta del reverendo fue contundente y fría–. Esa caja es *especialmente* importante.

El padre de Faith lanzó una mirada distante e impassible a su familia: a Myrtle y Howard primero, y luego a Faith. Esta se ruborizó, pues sabía que su padre estaba ponderando su peso e importancia en la disyuntiva. Fue como si se le hundiera el estómago, como si la hubieran colocado en una gran báscula. Sintió que se mareaba: no quería sentir la humillación de oír a su padre pronunciar el veredicto.

De modo que, aunque vacilante, se levantó sin mirar a sus padres. Myrtle no dijo nada para detenerla. Como su hija, había oído la decisión tácita del reverendo, y se dio la vuelta sumisamente para acatar las órdenes.

–Pero, señorita Sunderly...

La sorpresa de Clay fue evidente cuando vio que Faith bajaba del carruaje. Al poner el pie en el suelo, metió las botas en un charco.

–Llevo un paraguas –se apresuró a decir la niña–. Además, hace un buen rato que me apetece tomar aire fresco.

Gracias a esa mentira intrascendente mantuvo un mínimo de dignidad.

El cochero volvió a comprobar la altura del vehículo, y asintió con la cabeza. Cuando el carruaje se alejó traqueteando, Faith evitó mirar a los ojos a sus acompañantes. Y es que, pese al frío viento que soplaba, notaba el calor de la humillación en las mejillas. Siempre había sabido que la valoraban menos que a su hermano Howard, el hijo

más apreciado. Lo que no sabía hasta ese momento era que su posición ocupaba un lugar inferior al de los *esquejes varios*.

La cabaña estaba situada sobre la ladera del cerro, de cara al mar. Estaba construida con un tipo de piedra gris y brillante, toscamente labrada, originaria de la propia isla, y tenía un tejado de pizarra y unos ventanucos sin cristal. El suelo estaba cubierto de charcos marrones. Desde dentro se oía el golpeteo de la lluvia, cada vez menos intenso.

Mientras el tío Miles y Clay arrastraban hasta la cabaña los baúles y arcones de la familia, Faith sacudía su sombrero empapado, aterida por el frío, sintiéndose aturdida e inútil. Pero, en un momento dado, la caja de caudales de su padre cayó a sus pies con un golpe seco. El corazón le dio un vuelco: la llave estaba puesta en la cerradura.

Aquella caja contenía todos los papeles privados de su padre. Sus diarios, sus notas de investigación y su correspondencia. Quizá también contenía alguna pista acerca del misterioso escándalo que los había llevado hasta allí.

Se aclaró la garganta.

–Tío..., señor Clay... Tengo la ropa y el pañuelo muy mojados. ¿Me permiten un momento para...? –se interrumpió, bajando el tono y señalando el cuello del vestido empapado.

–¡Ah...! ¡Claro! ¡Por supuesto! –exclamó Clay algo alarmado, como solía suceder a los señores cuando se hallaban ante una circunstancia potencialmente comprometida relacionada con el atuendo femenino.

—Parece que vuelve a aflojar —observó el tío Miles—. Señor Clay, ¿quiere que demos un paseo hasta el acantilado, y así me cuenta más cosas sobre la excavación?

Dicho esto, los dos caballeros salieron de la cabaña. Sus voces no tardaron en desvanecerse.

Faith se dejó caer sobre las rodillas frente a la caja fuerte. La piel que la recubría resbalaba al tacto; pensó en quitarse los guantes de cabritilla, que eran ceñidos y estaban mojados, pero perdería demasiado tiempo. Las hebillas de la caja estaban agarrotadas, pero al darles un fuerte tirón, cedieron. Giró la llave. La tapa se abrió y vio unos papeles de color crema con distintos tipos de caligrafía. Ya no tenía frío. El rostro le ardía, y notaba un cosquilleo en las manos.

Empezó a abrir cartas, que sacaba de los sobres; las sostenía de los extremos por miedo a mancharlas o arrugarlas. Eran comunicados de revistas científicas, cartas del editor sobre sus folletos, invitaciones de museos...

Entretenida con aquella tarea lenta y meticulosa, acabó por perder el sentido del tiempo. Hasta que encontró una carta cuyo contenido le llamó la atención.

«... que pone en entredicho la autenticidad de no uno sino todos los fósiles que ha presentado a la comunidad científica, que sustentan su prestigio. Afirman que, en el mejor de los casos, están modificados deliberadamente y, en el peor, son simple y llanamente falsificaciones. Parece que el de New Falton son dos fósiles unidos con mucha habilidad. Asimismo, denuncia la presencia de cola en las articulaciones de un ala...»

De pronto, un golpe en la puerta la sobresaltó.

–¡Faith! –Era la voz de su tío–. ¡El carruaje ya está aquí!

–¡Un momento! –respondió, y dobló rápidamente la carta.

Al hacerlo, vio que tenía una gran mancha azul en los guantes blancos. Con horror, se dio cuenta de que había emborronado la carta con el pulgar.







### III

## BULL COVE

**E**l carruaje ascendía traqueteando por el camino escarpado de la montaña. Faith iba sentada con las manos recogidas para ocultar la mancha de los guantes. Detestaba lo que había hecho y se sentía tremendamente mal por ello. Si su padre llegaba a mirar las cartas, descubriría al instante la prueba del delito, porque nadie, salvo ella, había estado a solas con la caja fuerte. El reverendo no tardaría en deducir que solo ella podía ser la responsable.

La pillaría. *Se merecía* que la pillara. ¿Por qué lo había hecho?

Sin embargo, no podía dejar de pensar en el contenido de la carta, indignada por lo que decían de su padre. ¿Cómo podía creer alguien que alguno de sus hallazgos era falso y, mucho menos, el célebre fósil de New Falton?

**30** Todo el mundo había reconocido que era genuino. Todo el mundo. Además de su padre, otros muchos expertos lo habían examinado y analizado, habían celebrado el descu-

brimiento y habían escrito artículos sobre él. Una revista lo había llamado «El nefilim de New Falton» –aunque su padre nunca le dio este nombre– y lo declaró «el hallazgo de la década». No era posible que todos se hubieran equivocado.

«Debe de tener enemigos. Alguien debe de querer perjudicar a padre».

Al ponerse el sol, una vez alcanzaron la parte más elevada del cerro, iniciaron el descenso por la otra ladera a través de un camino abrupto y tortuoso. Hasta que, por fin, el carruaje redujo la velocidad y Faith distinguió el resplandor amarillo de una puerta abierta.

Era una antigua casa de labranza con tejado de pizarra, construida con un tipo de piedra rugosa y marrón que parecía caramelo desmenuzado. Al otro lado del patio adoquinado estaban los establos y el granero y, detrás, un invernadero abovedado, cuyas hojas de cristal adoptaban un tono lechoso a la luz crepuscular. Al fondo se extendía un pasto y, más allá, un bosquecillo oscuro y agreste. También se apreciaba la tenue silueta de lo que otrora debía de haber sido otro edificio.

El carruaje avanzaba salpicando el agua de los charcos, y luego se detuvo. Clay bajó de un salto y ayudó a Faith a apearse del carruaje, mientras el tío Miles daba una propina al cochero.

–¡Que tengan buenas noches! –El coadjutor hizo una rápida reverencia para despedirse de Faith y el tío Miles–. ¡No les voy a hacer esperar con la que está cayendo!

Un sirviente salió corriendo de la casa para descargar el equipaje. Al abrigo del paraguas, el tío Miles y Faith corrie-

ron hacia la puerta abierta. Una mujer flaca de mediana edad se apartó para dejarlos pasar.

—¿El señor Miles Cattistock y la señorita Sunderly? Soy Jane Vellet, el ama de llaves.

La mujer tenía una voz grave, masculina, y unos ojillos vivos e implacables. Llevaba un vestido a rayas de tonos de color verde oscuro, de cuello alto abotonado.

El recibidor era más oscuro de lo que aparentaba desde fuera, pues solo había la luz de dos lámparas colocadas sobre unas repisas. Unas vigas negras de madera atravesaban el techo. Faith percibió el olor a queroseno en el aire, así como otros muchos que le decían que la casa era vieja, que estaba asentada en su propia esencia y, sobre todo, que no era su casa.

Al poco rato ya estaba sentada frente al fuego vivo de una chimenea, junto al tío Miles y Myrtle, con un cuenco de sopa caliente en las manos. Si Myrtle sentía remordimiento alguno por haber dejado a su hija en la cuneta, lo disimulaba muy bien. Tenía la piel sonrosada y una actitud decidida. Ya había hecho un reconocimiento de la nueva morada familiar y consideraba que la vivienda tenía graves carencias.

—No tienen *nada de gas* —informó a Faith con un susurro—. Dicen que podemos comprar en el pueblo, pero que aquí tendremos que conformarnos con lámparas y barreños. No hay *cocinera*. Solo un ama de llaves, una criada y un sirviente. Los tres trabajaban para los inquilinos anteriores, que eran dos señoras inválidas, y los han mantenido. Por lo visto, entre el ama de llaves y la criada, *se las arreglaban* para cocinar entre las dos. Pero ¿cómo se las van a arreglar con una familia de cinco? Y no hay niñera

para Howard... Hasta que no encontremos a alguien, tendrás que ocuparte tú de él, Faith.

–¿Dónde está padre? –preguntó Faith cuando su madre calló un momento para coger aire.

–Nada más llegar ha salido a buscar un sitio donde plantar un espécimen botánico –respondió Myrtle sin ningún entusiasmo–. Por lo visto no tiene suficiente con el invernadero. Lleva un buen rato en el torreón, preocupado por la dichosa planta.

–¿El torreón?

–Sí, una especie de torre antigua. –Myrtle carraspeó al ver entrar al ama de llaves–. Señora Vellet, ¿qué es exactamente el *torreón*?

–Se construyó con el propósito de ser una torre de vigilancia, señora –respondió enseguida la señora Vellet–, para avistar los barcos de Napoleón. En Vane nunca se construyó una fortaleza como la de Alderney. Pero el antiguo propietario decidió que, como buen inglés que era, debía construir su propia fortificación.

–Pero ¿le sirvió de algo?

–Se arruinó antes de poder acabarla, señora, y justo al terminar la guerra –respondió la señora Vellet–. Durante un tiempo se usó como depósito para guardar manzanas..., pero había goteras.

–Un lugar atípico para dejar una planta... –comentó Myrtle, y soltó un suspiro–. Comoquiera que sea, nadie tiene permiso para interrumpirle ni acercarse al torreón. Parece que esa planta es sumamente delicada y exótica, y dice que bastaría una mirada inexperta para que todas las hojas se le cayeran..., o algo así.

Faith pensó que a lo mejor su padre se había retirado a la torre abandonada porque era el único lugar donde podía estar solo. Sintió una punzada en el corazón. Sabía que algunos grandes animales se apartaban de la manada cuando estaban heridos.

Incluso notó que Myrtle, que siempre tenía buen ánimo para conversar, languidecía. Claro que un viaje largo extenuaba a cualquiera, como un pincel que se ha usado para pintar un gran lienzo. Cuando su madre se dio cuenta de que Faith ya no era capaz de sostener la cabeza, le ordenó irse a la cama.

–Te ha tocado la habitación más pequeña, cielo –le dijo–, pero no podía ser de otro modo. No te importa, ¿verdad?

La señora Vellet cogió una vela y se ofreció a acompañarla hasta el cuarto. Al cruzar el pasillo, pasaron junto a una puerta donde Faith vio un salón pequeño ocupado por la colección de animales de su padre. Los lagartos miraban a través del cristal, y el viejo tejón australiano husmeaba y se retorció pese a estar durmiendo, cosa que hacía mucho últimamente. Cuando Faith no vio por ningún lado a la serpiente, frunció el ceño.

Contra una pared del pasillo había una pila de baúles y cajas del equipaje. Con incredulidad, advirtió que habían colocado en la base de la pila la que contenía el reptil. La habían abandonado al frío pasillo cual sombrerera.

Faith corrió y se agachó junto a la caja; apretó la oreja contra un lado, pero no oyó nada.

–Señora Vellet..., por favor, ¿podría pedir que suban esta caja a mi habitación?

El cuarto de Faith resultó ser minúsculo, la mitad de grande que el de su casa anterior. El vigoroso fuego de la chimenea iluminaba un lavamanos con una encimera de mármol picado, una cómoda vieja y una cama con dosel y cortinas, probablemente de la época del monarca anterior. En la penumbra, detrás de la cómoda, distinguió otra puerta con grandes cerrojos.

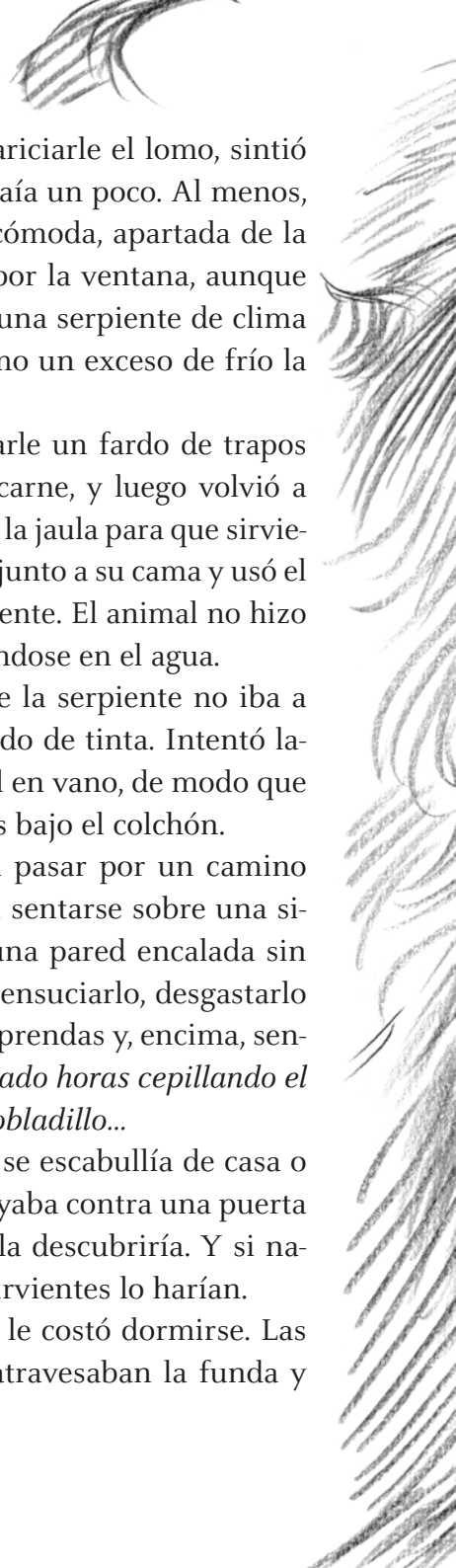
—¿Le gustaría que subiéramos una cuajada antes de irse a dormir? —preguntó el ama de llaves.

—¿Tenéis ratones muertos?

En el mismo instante en que pronunció las palabras, Faith cayó en la cuenta de que no era precisamente una buena respuesta.

—¡Mi padre tiene una serpiente ratonera mandarina! —se apresuró a explicar, pero la señora Vellet levantó aún más las cejas—. Aunque cualquier cosa valdrá: unos trocitos de carne fresca —añadió, sospechando que no estaba causando una buena primera impresión—. Y un trapo viejo. Y..., sí, una cuajada me iría muy bien, gracias.

Cuando se quedó a solas, abrió la caja y levantó la jaula que había dentro. La serpiente ratonera era un desconsolado número ocho en la base de la jaula, de color negro brillante con lustrosos trazos de color blanco y dorado. Faith siempre había pensado que el dibujo era como una ristra de velas encendidas en medio de un bosque oscuro. En la rectoría solía pasar tiempo con los animales de su padre, y hasta se ocupaba de cuidarlos en su ausencia, pero siempre sintió predilección por la serpiente. El reverendo la había traído de China ocho años atrás.



Cuando metió la mano para acariciarle el lomo, sintió alivio al notar que el animal se retraía un poco. Al menos, estaba viva. Dejó la jaula sobre la cómoda, apartada de la corriente de aire frío que entraba por la ventana, aunque tampoco muy cerca del fuego. Era una serpiente de clima frío, y tanto un exceso de calor como un exceso de frío la matarían.

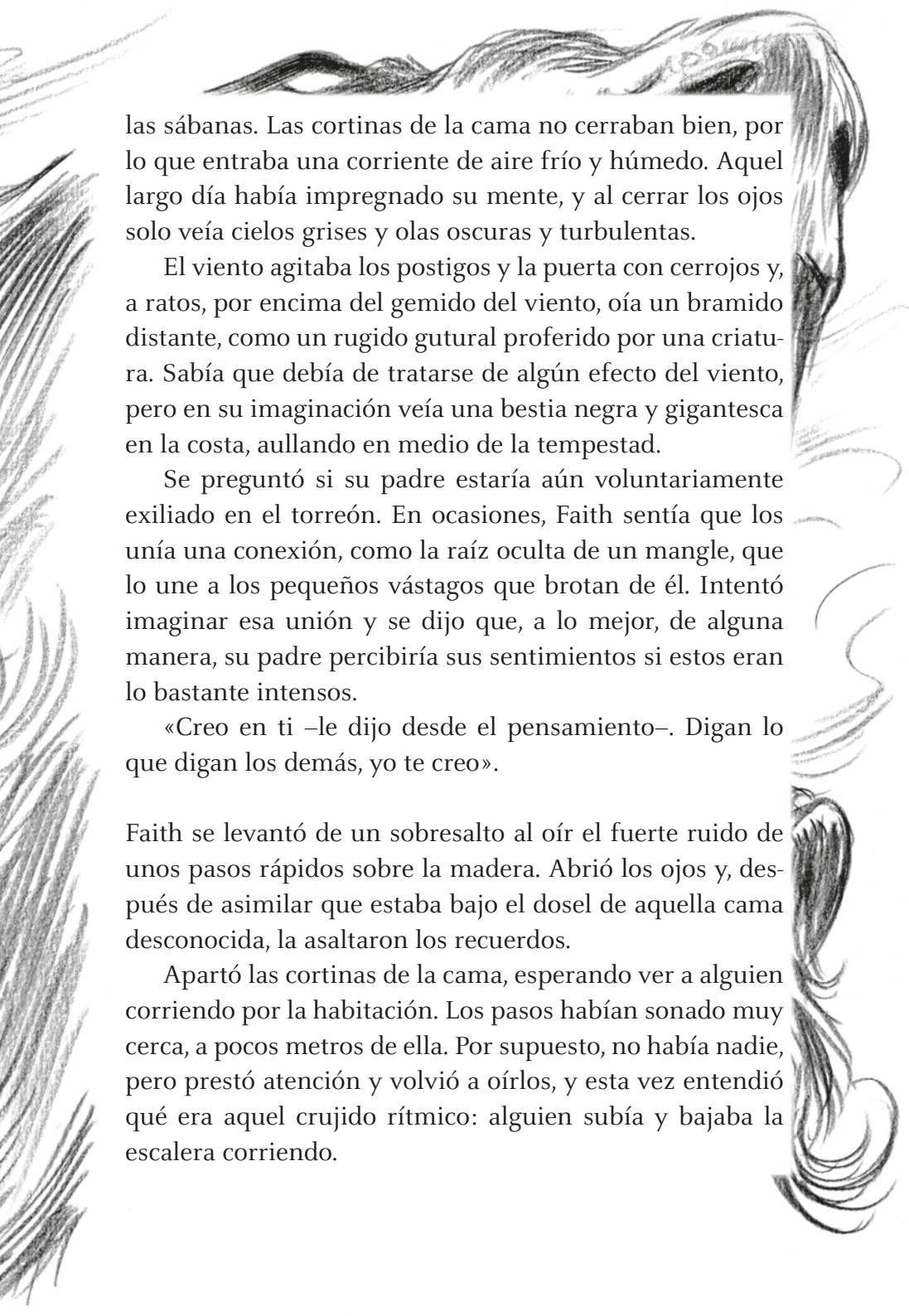
La señora Vellet regresó para darle un fardo de trapos secos y una vasija con trocitos de carne, y luego volvió a marcharse. Faith metió los trapos en la jaula para que sirvieran de nido, cogió la jarra que había junto a su cama y usó el agua para llenar la vasija de la serpiente. El animal no hizo caso de la carne, pero disfrutó bañándose en el agua.

Cuando Faith se aseguró de que la serpiente no iba a morir, recordó el guante manchado de tinta. Intentó lavarlo con el agua fría del aguamanil en vano, de modo que optó por esconder el par de guantes bajo el colchón.

Su ropa era opresiva: no podía pasar por un camino polvoriento, ni desafiar la lluvia, ni sentarse sobre una silla de mimbre, ni apoyarse sobre una pared encalada sin estropear alguna parte del vestido, ensuciarlo, desgastarlo o darlo de sí. Era fácil estropear las prendas y, encima, sentirse culpable luego. *Eliza se ha pasado horas cepillando el vestido para quitarle el fango del dobladillo...*

O peor: su ropa era traidora. Si se escabullía de casa o se escondía en la despensa o se apoyaba contra una puerta polvorienta para escuchar, la ropa la descubriría. Y si nadie de su familia la descubría, los sirvientes lo harían.

Faith se metió en la cama, pero le costó dormirse. Las cerdas que rellenaban el colchón atravesaban la funda y



las sábanas. Las cortinas de la cama no cerraban bien, por lo que entraba una corriente de aire frío y húmedo. Aquel largo día había impregnado su mente, y al cerrar los ojos solo veía cielos grises y olas oscuras y turbulentas.

El viento agitaba los postigos y la puerta con cerrojos y, a ratos, por encima del gemido del viento, oía un bramido distante, como un rugido gutural proferido por una criatura. Sabía que debía de tratarse de algún efecto del viento, pero en su imaginación veía una bestia negra y gigantesca en la costa, aullando en medio de la tempestad.

Se preguntó si su padre estaría aún voluntariamente exiliado en el torreón. En ocasiones, Faith sentía que los unía una conexión, como la raíz oculta de un mangle, que lo une a los pequeños vástagos que brotan de él. Intentó imaginar esa unión y se dijo que, a lo mejor, de alguna manera, su padre percibiría sus sentimientos si estos eran lo bastante intensos.

«Creo en ti –le dijo desde el pensamiento–. Digan lo que digan los demás, yo te creo».

Faith se levantó de un sobresalto al oír el fuerte ruido de unos pasos rápidos sobre la madera. Abrió los ojos y, después de asimilar que estaba bajo el dosel de aquella cama desconocida, la asaltaron los recuerdos.

Apartó las cortinas de la cama, esperando ver a alguien corriendo por la habitación. Los pasos habían sonado muy cerca, a pocos metros de ella. Por supuesto, no había nadie, pero prestó atención y volvió a oírlos, y esta vez entendió qué era aquel crujido rítmico: alguien subía y bajaba la escalera corriendo.



¡La escalera de los sirvientes! Su cuarto debía de estar cerca, tanto que lo oía todo a través de la pared. Faith se levantó y recorrió sigilosamente la habitación con la oreja pegada a la pared. Por fin, cuando dio con un rincón donde los sonidos eran claros, sintió un escalofrío de júbilo. Incluso podía distinguir una conversación susurrada, algo más apartada.

La mayoría habría sentido indignación ante semejante hallazgo. Y es que la existencia de una escalera para sirvientes se debía a que estos pudieran ir y venir sin que la familia lo percibiera. ¿Qué sentido tenía si al final llamaban la atención y te despertaban de madrugada? Sin embargo, para Faith, no era un incordio: era una oportunidad para poder escuchar a hurtadillas la vida invisible de los criados.

Claro que no pensaba utilizarlo para aquello en concreto.

Los cerrojos de la misteriosa puerta detrás de la cómoda estaban oxidados, pero consiguió moverlos. La puerta estaba atascada, pero, al tirar de ella, se abrió de una sacudida: Faith parpadeó ante la intensa luz del sol.

Se trataba de un pequeño jardín en la azotea. Las pálidas tejas de pizarra tenían manchitas de rocío. Estaba rodeado en todo su contorno por una celosía de hierro forjado, con una espesa enredadera que la cubría, ocultándolo a la vista desde abajo. Unos niños esculpidos en piedra blanca, picados por el líquen y el paso del tiempo, sostenían unos cuencos de piedra de los cuales caían racimos de aubrecia violeta. Al fondo, vio una pequeña verja con un emparrado, que daba a un vuelo de escaleras de piedra que seguramente conducían a la planta baja.

Faith sintió que una sonrisa se formaba en su rostro. *Si hubiera sido* una niña escurridiza, ahora tendría un medio propio para salir o entrar sin que nadie se percatara.

Decidió vestirse y seguir explorando el lugar. Al bajar por la escalera principal contó a conciencia los escalones, memorizando cuáles crujían y de cuáles podía fiarse para no ser delatada. Cuando se fue a dar cuenta, estaba tomando nota de los cerrojos y los pestillos a los que tendría que poner aceite discretamente.

¡No! No lo haría.

Faith se recordó a sí misma que pronto recibiría la confirmación y, al pensarlo, sintió una familiar punzada de temor. Cuando lo hiciera, sería un adulto a los ojos de Dios y la Iglesia. Sus pecados serían suyos y solo suyos. El juicio inmortal oscilaba siempre sobre su cabeza como un péndulo grande y mortífero, pero hasta ese momento su juventud le había servido de escudo, de excusa. Sin embargo, ahora había crecido lo bastante para que ese péndulo pudiera derribarla de un golpe único, misterioso. Tenía que decidirse a abandonar todos sus malos hábitos.

«No obstante –murmuró una injuriosa voz en la cabeza de Faith–, la casa de Bull Cove promete».

Al entrar en el comedor de la casa, oscuro y panelado, Faith encontró a su madre reprendiendo a la criada, una muchacha bonita, de cabello oscuro, que parecía susceptible. Tenía unos quince años, y esbozaba de vez en cuando una sonrisa de suficiencia.

–¡No, Jeanne, esto no me vale! –exclamó Myrtle, señalando la tabla que aquella llevaba en las manos, con dos

barras de pan extrañamente largas, de una clase que Faith no había visto en su vida—. Cuando pido pan con mantequilla, espero rebanadas de pan *de verdad*, así de gruesas. —Myrtle sostuvo el índice a unos tres centímetros del pulgar.— Asegúrate de hacerlo bien, por favor.

La criada hizo un mohín breve e indiferente y, con un gesto de desdén, salió del comedor con la tabla en las manos.

—¡Vaya casa! —exclamó Myrtle—. Apenas si he pegado ojo. Estoy segura de que no habían ventilado las habitaciones. ¿Y qué demonios es ese bramido? ¡No ha parado en toda la noche!

—Dicen que es el Gran Toro Negro —explicó el tío Miles con una mirada traviesa—. Cuando hay tormenta, la bestia sale de las entrañas de la tierra y aúlla a los cielos. O, por dar otra explicación, es un fenómeno absolutamente natural que se da cuando el viento entra en las cuevas de la costa.

—Sea lo que sea, el propietario debería haber mencionado que los bramidos de ese bovino espectral se oyen a todas horas —replicó Myrtle con aspereza.

—Ah, pero según la superstición de Vane podría decirse que no hay un rincón de la isla que no tenga su propio espíritu —replicó el tío Miles, sonriendo—. Clay me contó alguna historia ayer: mujeres que gimen, barcos fantasma y cosas del estilo. Oh, y dicen que Vane era una guarida de contrabandistas en la guerra contra Francia. Cuentan que uno enterró un opulento tesoro antes de morir, y que hace cincuenta años que su fantasma intenta conducir a la gente hasta él en vano.

–No se le da muy bien hacerse el gracioso –musitó Faith para sí, mientras se sentaba a la mesa.

–Y hablando ya de cosas más terrenales, por lo visto nos han llegado un par de cartas esta mañana. –Myrtle lanzó una mirada a su esposo–. Una es del doctor Jacklers, querido; dice que espera tener el gusto de podernos hacer una visita hoy a las dos de la tarde, y de poder llevarte a la excavación. La otra es del señor Lambent, y dice que la sociedad geológica local se reunirá en su casa esta tarde a las cuatro, y que les complacería que asistieras como invitado de honor. Ah, y los demás estamos invitados a merendar. Se ha ofrecido a enviar su carruaje para recogernos.

El reverendo miró un instante a su esposa con un gesto impreciso, inclinó la cabeza para darle a entender que la había oído y luego siguió tomándose el desayuno en silencio.

–¿Y si vamos *todos* a ver la excavación con el doctor Jacklers? –sugirió el tío Miles en un tono optimista–. Podríamos hacerlo como una excursión familiar.

–¿Podemos? –preguntó Faith, mirando a su padre con ojos implorantes e ilusionados.

Faith solía pasar largas horas en la biblioteca de su padre leyendo con interés libros sobre animales prehistóricos, mirando con fascinación los bocetos de huesos de criaturas extinguidas. La idea de ver una excavación de verdad, en persona, la entusiasmaba.

Myrtle volvió el rostro hacia su esposo, y este miró distraídamente a la mesa y carraspeó.

–No veo por qué no –dijo.

Jeanne regresó al comedor; con delicadeza, e inocencia estudiada, dejó una tabla sobre la mesa y volvió a salir. Las

largas barras de pan habían sido cercenadas a conciencia, y no habían sobrevivido a la experiencia. Trozos rotos de pan se amontonaban sobre la tabla, unidos con mantequilla untada en pegotes.

–¡Jeanne! –llamó Myrtle a la criada ausente y oportunamente sorda–. ¡Jeanne! ¡Esto es demasiado! Tendré que llamarle la atención a la señora Vellet... ¡y tanto que sí!

Entonces, procedente de la planta de arriba, oyeron un golpe apagado, el sonido de unos pies pequeños y despreocupados corriendo y, a continuación, unos portazos experimentales. Myrtle hizo un gesto de dolor, y miró a su esposo, que a su vez miraba al techo con el ceño fruncido y un impávido gesto de desaprobación. A aquella hora de la mañana, su hijo Howard no debía dejarse ver, y mucho menos dejarse oír.

–Faith –pidió Myrtle en voz baja–, ¿serías tan amable de desayunar con tu hermano esta mañana y después ayudarlo con las lecciones? –pidió, sin siquiera mirar a su hija para oír la respuesta.

En una ocasión, Myrtle le había explicado a Faith la manera correcta de dar órdenes a las criadas. Estas debían formularse con una pregunta, a fin de hacerlo amablemente. «¿Puedes servir el té? Por favor, ¿puedes hablar con la cocinera?». Pero en vez de levantar el tono al final de la frase, debías bajarlo para indicar que en realidad no era una pregunta y que, en realidad, no había lugar para negarse.

Faith pensó que su madre se había dirigido a ella con ese mismo tono.



A Howard le habían asignado dos habitaciones contiguas: un *cuarto de noche* para dormir, y un *cuarto de día* donde jugar, recibir lecciones y comer.

–Odio estas habitaciones –dijo mientras sorbía una papilla de tostadas con agua–. Hay ratas en la oscuridad. No puedo dormir sin Skordle.

*Skordle* era su manera de pronunciar deprisa «Miss Caudle», su niñera, que solía dormir en su misma habitación cuando vivían en Kent. En el fondo, a Faith le gustaba más *Skordle*, porque le sonaba al nombre de un animal fantástico.

A Faith tampoco le gustaban los cuartos infantiles, pero por motivos distintos. Aquel último año se había sentido como un balancín, desplazándose de la infancia a la edad adulta una y otra vez, lo cual era un fastidio. A veces, tenía la sensación de que se había vuelto adulta de la noche a la mañana, como las judías mágicas del cuento, y le permitían comer con sus padres en el comedor. Y luego, sin avisar, volvía a encontrarse en el cuarto de Howard comiendo gachas en una silla demasiado pequeña que crujía por el exceso de peso.

La comida para niños era *simple* y *sana*, lo cual venía a significar que no sabía a nada y que estaba hervida a más no poder. Los cuartos de día olían así, a patatas, a leche de arroz y a carne de cordero hervida dos veces. Y ese olor la hacía sentir como si llevara puesta una antigua versión de sí misma, que además le iba pequeña, y la incomodaba.

–¡Con la otra mano!

44 Faith cogió con cuidado la cuchara de gachas de la mano izquierda de Howard para que la sostuviera con la mano derecha. Todos los días tenía la misma batalla.

Lo más difícil venía después del desayuno, cuando tenía que pelearse con él para hacerle poner la chaqueta azul. Howard detestaba aquella chaqueta, que debía vestir para todas las lecciones. La manga izquierda estaba cosida a un lado del cuerpo, a fin de inmovilizarle la mano dentro del bolsillo para impedir que la usara.

Howard se empeñaba en usar la mano izquierda, algo que Myrtle consideraba «una manía», aunque nada demasiado preocupante, pues no lo incentivaban a hacerlo. Sin embargo, la niñera anterior a Skordle había sido demasiado indulgente al respecto, y Howard había adquirido «malas costumbres».

–¡Ya sabes lo que dice madre! ¡Tienes que aprender a comer y a escribir correctamente para poder ir al colegio!

Y es que el propósito era enviar a Howard a un internado al cumplir los ocho años.

Howard arrugó la cara, como siempre hacía cuando oía hablar del colegio. Faith contuvo un nudo de amargura y envidia.

–Tienes mucha suerte, How. Muchas personas darían lo que fuera por la oportunidad de ir a una buena escuela –le explicó Faith sin mencionar que ella misma era una de ellas–. Mira, si te pones la chaqueta y terminas los ejercicios de caligrafía, después podemos salir a explorar el jardín. ¡Te puedes llevar la escopeta!

Howard aceptó el trato.

Howard echó a correr por el jardín y se puso a *disparar* a las ventanas de la última planta, apuntando con su pequeño rifle de madera, chillando «¡pam, pam, pam!». Dispara-



ba a los cuervos negros que, al verle acercarse corriendo, se apartaban dando saltitos impasibles, y luego abrían las alas, indolentes e imperturbables, para alejarse volando. Howard disparaba a todo lo que encontraba por el camino cubierto de fango y maleza que conducía a la costa.

Si un adulto hubiera advertido este comportamiento, seguramente habría regañado a Faith por permitir que «el niño se cansara». El temor a que Howard, el único varón superviviente, cogiera un resfriado mortal nunca desaparecía. Faith había vivido la muerte de cinco hermanos menores. Los había visto renunciar a la vida y languidecer como flores marchitas. Algunos habían muerto con meses de vida, otros apenas si habían cumplido unos años. Habían llamado Howard a los dos primeros, luego sus padres probaron suerte con un James y dos Edwards, con desenlaces igual de tristes. Por ello, veían a Howard como a un niño frágil, como si a través de un lúgubre velo lo vieran cogido de la mano de sus tocayos.

Sin embargo, Faith conocía a Howard mucho mejor que sus padres. Sabía que su hermano *necesitaba* correr, ir de acá para allá como un loco hasta cansarse, del mismo modo que necesitaba su rifle de juguete. *Disparaba* a cosas que le daban miedo. Y al hacerlo en ese momento, estaba convirtiendo un mundo nuevo y desconocido en un lugar donde sentirse seguro.

La torre achaparrada levantada en el borde del bosquillo captó la atención de Faith. De día, se apreciaba que el torreón se asemejaba a un simple tocón. Los ventanucos estaban tapados con mortero y cubiertos de hiedra, y la mampostería tenía manchas marrones de color té.

El edificio despertó la curiosidad de Faith, pero tenía preocupaciones más acuciantes. Los guantes incriminatorios seguían apilonados en su bolsillo. Debía deshacerse de ellos antes de que alguno de los sirvientes los encontrara.

En las proximidades del mar, el sendero se bifurcaba. El camino izquierdo ascendía hasta lo alto del acantilado, Faith y Howard tomaron el derecho, que serpenteaba cuesta abajo hasta una playa de guijarros. Allí, Howard campó a sus anchas, disparando a los pájaros ostreros que se movían por la orilla a pasitos nerviosos. A ambos lados se alzaban los acantilados de color marrón fangoso, así como su reflejo sobre la arena mojada.

En la playa había un cobertizo para botes con una barca de remo en su interior y, detrás de aquel, un montón de piedras y rocas. Mientras Howard corría por la playa de guijarros, Faith se escabulló detrás del cobertizo y metió los guantes en el espacio estrecho y oscuro entre dos rocas. Primero sintió que se había quitado un peso de encima. Pero la punzada de culpa siempre era más fuerte cuando corría el riesgo de ser pillada.

Faith regresó a la playa. Le gustaba. Le gustaban los colores sombríos del lugar, y el gris de las nubes que se desplazaban deprisa. Los libros de historia natural de su padre se desplegaron en su mente, y encontró las palabras para dar nombre a cuanto la rodeaba: veloces golondrinas de mar de alas puntiagudas sobrevolando el cielo plumizo; un alca común altanera, blanca y negra, atusándose el plumaje sobre un peñasco; entre las rocas, el hinojo marino con sus florecillas blancas y trémulas.

En la lejanía, las olas reventaban contra los cabos con una explosión de espuma blanca. En la base de los acantilados, Faith distinguió aquí y allá grietas negras y hendiduras triangulares.

–¡Mira, How! –llamó de cara al viento, señalando–.  
¡Grutas marinas!

Howard corrió hasta ella y entrecerró los ojos para mirar hacia donde su hermana decía, y apuntó a las grutas con su rifle.

–¿Hay monstruos dentro? –le preguntó con interés.

–Puede.

–¿Podemos coger la barca para ir a ver?

Faith miró la barca de remo del cobertizo y luego miró el mar amenazador para sopesar la idea. Aquellas oscuras cavidades picaban su curiosidad.

–A lo mejor otro día –respondió, en parte a sí misma–, pero tendremos que preguntárselo a padre y madre.

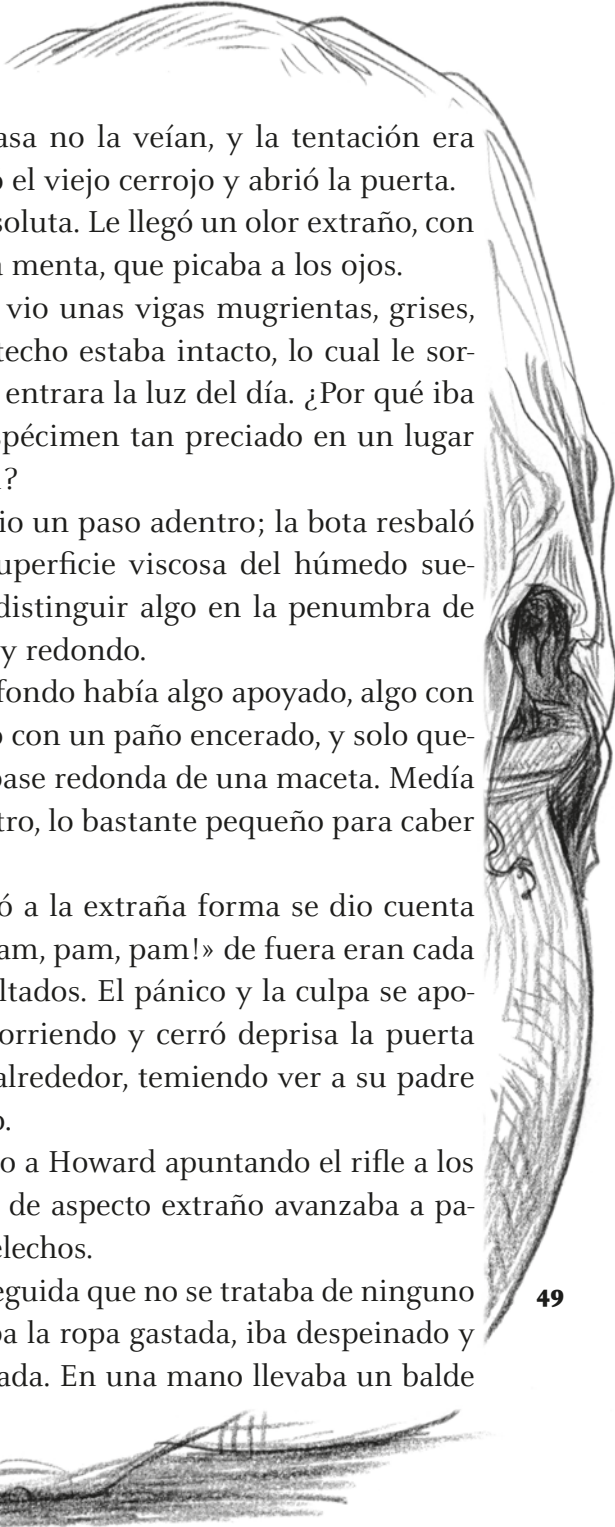
Cuando Howard quedó agotado, subieron juntos la cuesta de regreso a casa. Al ver de nuevo el torreón parduzco, Faith se detuvo.

La noche anterior, su padre había pasado horas allí atendiendo una planta misteriosa, aunque ella pensó que simplemente quería estar a solas. Entonces le vino a la mente la caja de *esquejes varios* que le había arrebatado su sitio en el carruaje. Lo cierto es que, teniendo en cuenta la precisión habitual de su padre, era una etiqueta vagamente extraña.

–Howard, ¿quieres que vayamos al torreón a ver si hay leones?

Faith tuvo que rodear la construcción hasta el lado que daba al bosquecillo antes de encontrar una pesada puerta





de madera. Desde la casa no la veían, y la tentación era grande. Así que levantó el viejo cerrojo y abrió la puerta.

La oscuridad era absoluta. Le llegó un olor extraño, con un frescor parecido a la menta, que picaba a los ojos.

Miró hacia arriba y vio unas vigas mugrientas, grises, llenas de telarañas. El techo estaba intacto, lo cual le sorprendió, e impedía que entrara la luz del día. ¿Por qué iba a poner su padre un espécimen tanpreciado en un lugar donde no entraba el sol?

Con cautela, Faith dio un paso adentro; la bota resbaló ligeramente sobre la superficie viscosa del húmedo suelo de piedra. Trató de distinguir algo en la penumbra de aquel espacio pequeño y redondo.

Contra la pared del fondo había algo apoyado, algo con forma de huevo, tapado con un paño encerado, y solo quedaba al descubierto la base redonda de una maceta. Medía poco más de medio metro, lo bastante pequeño para caber en la caja.

Cuando se aproximó a la extraña forma se dio cuenta de que los gritos de «¡pam, pam, pam!» de fuera eran cada vez más audibles y exaltados. El pánico y la culpa se apoderaron de ella, salió corriendo y cerró deprisa la puerta del torreón. Miró a su alrededor, temiendo ver a su padre regresando de un paseo.

Sin embargo, solo vio a Howard apuntando el rifle a los matorrales. Un hombre de aspecto extraño avanzaba a pasos pesados entre los helechos.

Faith distinguió enseguida que no se trataba de ninguno de los sirvientes. Llevaba la ropa gastada, iba despeinado y tenía la barba enmarañada. En una mano llevaba un balde

de madera. Entonces, si no era un sirviente, sería un intruso. El aspecto extraño del hombre anunció a gritos en la cabeza de Faith que era una amenaza. Notó cómo se le ponían los pelos de punta, como un animal al oler a otra especie.

Y así, catorce años de miedo adquirido confluyeron en una estampida. Un hombre raro. Era una niña, casi una mujer, de modo que jamás debía acercarse a un hombre raro en ausencia de testigos y personas que pudieran protegerla. Esto le evitaría en gran medida que le ocurrieran infinitas cosas horribles.

–¡Pam, pam, pam! –gritó Howard, y el hombre se detuvo y se volvió para mirarlos.

Faith cogió en brazos a Howard y echó a correr hacia la casa. Entró como una bala por la puerta principal y casi chocó con su madre, que salía en ese momento del salón.

–¡Santo cielo! –exclamó Myrtle levantando la cejas–. Faith..., ¿qué ocurre?

Faith dejó a Howard en el suelo y se lo explicó entre jadeos. Myrtle se angustió por Howard y, ante la idea de que alguien podría haberle hecho daño, se echó a llorar.

–Quédate con Howard, Faith... Voy a contárselo a tu padre.

Momentos después, el padre de Faith entró a zancadas en el salón, donde Faith trataba de entretener a Howard.

–¿Dónde estaba ese hombre? –quiso saber.

–Cerca del torreón –respondió Faith.

–¿Se ha acercado mucho? –exigió su padre.

Faith nunca lo había visto tan agitado, y su preocupación le causó una pequeña punzada de afecto.

–Menos de diez metros... pasaba de largo, cuesta abajo.

El reverendo llamó a la señora Vellet, y esta acudió al instante. El ama de llaves tenía las mejillas ligeramente sonrosadas, y una expresión de descontento que hizo pensar a Faith que Myrtle le había «llamado la atención», como había prometido.

–Por lo que dicen, debe tratarse de Tom Parris –respondió la señora Vellet después de oír a Faith describir al desconocido.

–¿Podría decirme por qué se ha permitido a ese tal Parris entrar en esta finca? –preguntó el reverendo con dureza.

–Discúlpeme, señor –se apresuró a responder el ama de llaves–, pero el recorrido más corto hasta la playa es a través de la finca. Es la mejor playa de la isla para coger almejas, de modo que... –dijo abriendo las manos con un gesto, cada vez más familiar, que pedía indulgencia. «Es así, y no puedo hacer nada para evitarlo».

–A partir de ahora, queda prohibida la entrada a personas ajenas a la finca –anunció el reverendo con firmeza–. Debo velar por la seguridad de mi esposa y mis hijos, y por la de los valiosos especímenes del invernadero, que *no pienso* dejar a merced de ladrones o curiosos sin oficio ni beneficio. Mientras yo sea el arrendatario de esta propiedad, todo el que entre en ella sin permiso será considerado un maleante. Si usted conoce a esos intrusos, hágalos saber que voy a instalar cepos.

¿*Se ha acercado mucho?* Primero, Faith lo había entendido como una muestra de preocupación por su seguridad y la de Howard. Sin embargo, cuando se tranquilizó, empezó a pensar que quizá su padre no se había referido a ellos.

¿*Se ha acercado mucho al torreón?*